

A LA MEMORIA DE CARLOS RANGEL**Autores:**

**Leandro Cantó
Aníbal Romero
Herbert Koeneke R.
Carlos Raúl Hernández
Emeterio Gomez**

PRESENTACIÓN

Cuando leí en el diario EL UNIVERSAL el 19 de enero de 1992, los comentarios escritos por Emeterio Gómez, Carlos Hernández, Leandro Cantó, Aníbal Romero y Herbert Koeneke con motivo del cuarto aniversario de la muerte de Carlos Rangel pensé que era necesario que estos testimonio se recogieran en una monografía de Cedice, para darle permanencia y ayudar a propagar las ideas de Rangel, que hoy más que nunca es necesario que las estudien y las conozcan las nuevas generaciones de los pueblos subdesarrollados, particularmente los de nuestra ibero-américa.

Es indispensable que dichas nuevas generaciones adquieran conciencia clara como la ideología tercermundista, llamada así por primera vez por Rangel, es simplemente una invención del socialismo internacional muy hábilmente desarrollada por Lenin (El Imperialismo, etapa superior al Capitalismo, 1916) y oficializada en las Tesis discutidas en el II Congreso de la Internacional Comunista (Moscú, 1920) y cuyo objetivo fundamental fue proveer una alternativa al fracaso histórico, ya evidente para fines del siglo XIX, de la tesis fundamental de Carl Marx; -que la contradicción interna e inherente del capitalismo al explotar al máximo a las masas proletarias, llevaría a una concentración total del capital en muy pocas manos y a una situación de depauperación y desesperación total de los proletarios, que los obligaría a destruir al capitalismo y abrir paso a la única solución posible –el establecimiento universal del socialismo-. En otras palabras, por determinismo histórico, este tendría que ser el final de la lucha de clases entre la –burguesía explotadora- y los –proletarios explotados-, pero esa predicción de la interpretación científica de la historia no solo no se cumplió, sino que los “propietarios” estaban cada vez mejor pagados y con protección social para los más débiles y los más impedidos.

¿Qué había sucedido? Simplemente, según la internacional Comunista, la explotación brutal de los –países proletarios- (países subdesarrollados) a manos de los pocos -países burgueses- (países desarrollados) había permitido

no sólo saciar a la burguesía, sino dejar –algo- para el aburguesado proletariado de los países desarrollados. Sin embargo, la interpretación científica de la historia, no se podía y no se había equivocado puesto que la contradicción seguía, solamente que ahora era entre los países burgueses-explotadores y los –países proletarios- explotados y en consecuencia, dichos –países proletarios- tienen sólo una salida: apoyar y promover el triunfo de la Unión soviética y del socialismo en escala universal hasta lograr la destrucción total del capitalismo occidental y, por supuesto, rechazar toda solución capitalista de sus problemas de subdesarrollo), puesto que ese capitalismo es la fuente principal de todos sus fracasos, de todas sus frustraciones y de todas sus miserias. Además, para los dirigentes políticos de los países subdesarrollados (y aún para la población en general) es una situación muy cómoda el echarle las culpas a algún demonio externo y no a la propia desidia, flojera e irresponsabilidad personal e individual, y en el caso particular de los dirigentes, se sienten eximidos de toda responsabilidad, independientemente de sus pésimas políticas y en muchos casos de sus saqueos de las riquezas materiales y humanas de sus pueblos.

La anterior interpretación de la dinámica de la historia es lo que Rangel ha llamado –la ideología Tercermundista-, que de 1920 a esta fecha ha tenido un éxito asombroso en escala universal, penetrando profundamente no sólo en los países subdesarrollados sino, quizás con más sentido de culpabilidad, en los países capitalistas desarrollados. Éxito que desde luego ha perjudicado tremendamente a los países atrasados del planeta y ha contribuido a que la brecha entre los países ricos y desarrollados y los países pobres y subdesarrollados sea cada vez más grande, en tanto que estos últimos, infectados por esta peste socialista se niegan a tomar entre sus manos su propio destino, transformándose a sí mismo y dando el salto hacia la modernidad y simplemente se conforman con su frustración y con decir que los culpables de sus miserias son los países capitalistas desarrollados y explotadores de sus materias primas.

Se cayó el Muro de Berlín y se desintegró la Unión Soviética, rudos golpes para los socialistas del mundo, pero la –ideología terciermundista- sigue en pie y con gran fuerza, un ejemplo a mano lo tenemos en Venezuela, en donde un Presidente ha hecho un esfuerzo enorme por ir hacia una economía de mercado y sin embargo, es un fiel creyente y sostenedor de la ideología terciermundista, posición que quizás ha contribuido a que fracase su honesto esfuerzo para modernizar al país. Así de subrepticia y traidora es esta peste inventada por Lenin en 1920.

Es lamentable y doloroso que Carlos Rangel no esté presente en la actualidad para que con su lúcido intelecto y el coraje a toda prueba de su corazón, ayudara de manera muy importante en esta lucha decisiva para los pueblos pobres y atrasados del planeta tierra. Sin embargo, los que tuvimos el honor de conocerlo y aprender de su sabiduría, tenemos hoy en día la obligación de propagar y predicar sus ideas a las nuevas generaciones para bien, sobretodo, de los más pobres y desvalidos de la humanidad. Así, apreciado lector, te recomiendo encarecidamente leer, estudiar y propagar sus

libros: “Del buen salvaje al buen revolucionario”, el “Tercermundismo”, y “Marx y los socialismos reales”, y así contribuyamos todos al bien de la humanidad y a la gloria de este insigne venezolano que se llamó CARLOS RANGEL.

Ing. Enrique González Navas

INDICE

Presentación de la monografía dedicada a Carlos Rangel.....	3
De la moral de la envidia al falso mesías de la riqueza fácil <i>Leandro Cantó</i>	5
La hora de la modernidad <i>Emeterio Gómez</i>	9
Rugidos de ratón (Carlos Rangel y la socialdemocracia moderna) Carlos Raúl Hernández	13
Carlos Rangel y la mitología electoral Herbert Koeneke R.	18
Carlos Rangel y el tema de la libertad Aníbal Romero	21

DE LA MORAL DE LA ENVIDIA AL FALSO MESÍAS DE LA RIQUEZA FÁCIL

Leandro Cantó

A Carlos Rangel in memoriam

Un aspecto esencial de la obra de Carlos Rangel fue su tesis sobre el origen del llamado –Tercer mundo-, según la cual dichas sociedades explicaban su rezago buscando las causas más allá de sus fronteras. El efecto era la acumulación de estudios, cifras y –pruebas- que podrían evidenciar como el imperialismo, el colonialismo y otras formas de dominación extranjera – incluyendo la transculturación y el efecto demostración – generaban mayor poder y crecimiento económico del –centro- (mundo industrial capitalista), a costas de un empobrecimiento y retraso de la “periferia” (es decir, el Tercer Mundo). Por supuesto, tan ingente cantidad de esfuerzo humano sólo tenía un propósito “demostrar” una tesis de la que se asían los dirigentes políticos para justificar las modalidades de control del Estado que pregonaban a sus pueblos.

La idea de Rangel resultaba chocante para quienes vivían –y todavía hay muchos que lo hacen- de ella. Se explicaba con facilidad por el inmenso interés que tenían dirigentes políticos y académicos por igual de generar a niveles societales una paranoia colectiva que justificara sus actuaciones al frente de un Estado que no dejaba de crecer y de hacerse poderosos a expensas del trabajo, sacrificio y pasividad de sus ciudadanos. Cual fábula de Esopo o de la Fontaine, la vanguardia intelectual y política de estos países gritaban. “¡Ahí viene el lobo!” cada vez que deseaban atemorizar aún más a las masas y convencerlas de que ellos eran su medio de salvación.

Esta perspectiva necesitaba pruebas, y eran fáciles de forjar. Consistía en un sabio ejercicio intelectual, finamente acabado por los expertos de la propaganda, que nos enseñaron a hacerlo, y que consiste en plantearle a la gente disyuntivas entre lo que quisiera tener y no es fácil alcanzarlo, contra una posibilidad abierta de obtenerlo sin esforzarse para ello, lo que representa la promesa básica. La idea era desatar la envidia del éxito ajeno, motivo sin mucha fricción para movilizar a las masas contra quienes triunfan en la vida.

Este fue un buen invento del hombre, que funciona a base de un impulso muy elemental todo lo que yo hago es siempre difícil, complicado o agotador, ante lo que obtiene mi vecino que siempre será más fácil. Lo de él es mucho más sencillo, más simple de alcanzar. “Tuvo suerte”, decimos como primera premisa, para luego pasar a la sospecha de que “algo sucio hizo”. La retahíla de tales expresiones se acumula contra el exitoso en todas las esferas de la vida social, hasta tanto no se alcanza un nivel de civilización que reconozca en la competencia y el triunfo individual las virtudes esenciales de una sociedad que progresa.

La sociedad capitalista occidental, esa que surge en Europa a partir del siglo XXII, y que es hoy la conductora del destino de casi todo el planeta, es

una cultura cuya ética no sólo rechaza la envidia, la codicia y el despojamiento de los bienes ajenos, sino que además le pone como penitencia al ser humano realizar un esfuerzo titánico para demostrar en la arena pública (el mercado, el parlamento, el terreno deportivo) que él es capaz de hacerlo mejor. Es una civilización que se ciñe muy bien a la tradición judeocristiana de “No codiciarás la casa de tu prójimo. No desearás su mujer, ni esclavo, ni esclava, ni buey, ni asno, ni cosa alguna de las que le pertenecen”, como ordena la versión bíblica del Decálogo (Éxodo 20:17).

El cristianismo entiende la consciencia humana como principal elemento de su facultad libre y moral. Por muchas justificaciones que divulguen los “intérpretes” de la Biblia y las enseñanzas de la Iglesia acerca de la superioridad ética de los pobres, el cristiano consciente sabe que actúa manipulado por su envidia, más que por su sed de justicia. El evidente fracaso de forjar una moralidad contraria a la riqueza choca necesariamente con el principio de que tener éxito en la vida no es un pecado y que, en todo caso, es problema del rico ante Dios, no ante los demás hombres.

La envidia y la codicia se mueven como resortes secretos que activan pasiones inusitadas. La historia se encuentra tachonada de excelentes ejemplos de ello. Pero quizá ninguna civilización haya logrado poner tanto énfasis en rechazarlas y elevarlas a nivel de causal de condenación eterna como la judeo-cristiana. Es uno de los pecados capitales de nuestra sociedad y gracias a ello, a pesar de los desbordamientos circunstanciales, los hombres del mundo occidental cristiano reasumen como un axioma moral el necesario respeto de la propiedad y la conversión de las pulsiones pecaminosas en acicates para superarse. Sin llegar a las angustias existenciales del calvinismo que señaló Max Weber, tenemos un cierto grado de consciencia ética que nos dice: “¿Acaso críticas el éxito ajeno porque tienes sed de justicia o porque ambicionas los bienes ajenos, envidias sus triunfos?”.

Esta realidad ética fundamental de nuestra sociedad fue combatida por el populismo de diversas eras y direcciones, que siempre presenta como combustible de la revolución un concepto de igualdad y justicia que apela más a las pulsiones de envidia y codicia, que a la búsqueda de la verdad. Por supuesto, el cristianismo occidental generó en unos pocos siglos una filosofía política fundada en la igualdad, en el sentido de que todos nacemos de manera tal que, al venir al mundo, nadie sabe cuál será nuestro futuro, amén de que, ante los ojos de Dios, y al enfrentar individualmente nuestro compromiso cristiano, lo que vale es nuestro ceñimiento al código moral y teológico de nuestra civilización.

Como somos esencialmente desiguales -nacemos con diferencias de toda índole-, solo podemos tener garantía de que nadie nos va a tratar en forma desigual en la sociedad, porque entonces quienes tengan actitudes destacadas en cualquier campo de la acción humana, serían tan injustamente tratados como lo son quienes carecen de muchas de esas aptitudes. La justicia igualitaria no consiste en tratar de suplir las deficiencias de los hombres mediante la supresión de las facultades de otros hombres. Lo que esta

civilización hizo fue dejar que las personas actuaran libremente en la procura de sus propios intereses, de acuerdo a sus capacidades individuales o asociadas, dándoles a todos la oportunidad de hacerlo. Es el concepto fundamental de igualdad del cual derivan los grandes éxitos económicos, políticos, intelectuales y científicos del occidente cristiano capitalista.

El igualitarismo populista revolucionario asume, por el contrario, que quienes no pueden sacar provecho de su libertad de oportunidades, deben ser “ayudados” por quienes alcanzan sus metas. Por supuesto, este es el principio de la caridad cristiana y no el de una doctrina política, pero cuando se le dice a la gente que el Estado puede conseguirte fácilmente lo que, por la vía convencional, le costaría esfuerzo y trabajo, es obvio que la respuesta política será: “Que lo haga el gobernante en mi lugar”. Hace falta –eso sí- que se produzcan los justificativos morales para que el Estado comience a subsanar desigualdades, y éstos aparecen con rapidez, mala distribución del ingreso, concentración de la riqueza y muchos otros.

Todo se reviste de un aura de igualdad y responsabilidad. Propios y extraños aparecen ante el público alabando la justicia social imperante en el régimen que se dedica a subsanar las dificultades de los menos favorecidos, que –se dice- no tienen la culpa por la situación que atraviesan, pero olvidando que quienes alcanzan el éxito tampoco tienen la culpa de lo que logran y no merecen ser discriminados. La idea central que subyace en todo esto es que el Estado se hace responsable de crear un sistema de desigualdad de trato de las personas asumiendo el juicio de valor de que debe hacerlo a favor de algunos y en detrimento de otros, simplemente porque la pobreza y la incapacidad tienen una supuesta superioridad moral sobre el éxito, el ingenio, el trabajo y la superación.

No obstante, y más tarde que temprano, después se descubrirá que más rápido se vence la pobreza de las mayorías en aquellas sociedades donde más libertad se le da a sus hombres y mujeres para desarrollar sus aptitudes, y no donde se –eliminan- desigualdades por la vía de la intervención del Estado. No importa cómo vivía la gente al inicio del proceso: el derrumbe del sueño socialista sólo sirvió para confirmar el hecho de que la economía de mercado –aunque no es la solución mágica- es la manera más rápida y efectiva de llevar los países al más alto grado de progreso social y económico, al menor costo humano y de la manera más rápida. El logro de un mayor bienestar implica menos pobreza y, si los líderes de estas naciones desean que ello suceda, ¿por qué le ponen tantas cortapisas al sistema que ha demostrado ser por siglos el más eficiente de alcanzarlo?.

La -justicia social- a nivel local, así como su variante internacional tercermundista, ambas develadas con claridad por Rangel, son la expresión social del trabajo que realizan ciertos hombres para alcanzar el éxito individual, allí donde más pueden desarrollar libremente sus facultades personales: la política. Todo lo que ellos combaten en la esfera de la economía –el individualismo, la libre economía, el riesgo, la innovación- lo ponen en práctica en el mundo de la búsqueda y la conservación del poder del Estado. Porque

ellos le digan a los votantes (o a las masas alienadas de los partidos totalitarios) que los capitalistas sólo actúan en procura de su propio beneficio y que sólo se aprovechan del trabajo y la miseria ajenas para hacerse más ricos y poderosos, no necesariamente quieren decir que ellos no están haciendo lo mismo con similar propósito. Si partimos del hecho de que el hombre es consistente, lo único que realmente busca el político que le pide al pueblo apoyo para intervenir, controlar y hasta suprimir la economía basada en el mercado y la propiedad privada, es tratar de asumir él todo el control del aparato productivo, el monopolio y el poder económico absoluto.

Sin embargo, se notará que estas personas poco o ningún éxito obtendrían como empresarios, comerciantes o agricultores (a menos que se amparen en los favores del Estado o de la corrupción), porque, de ser así, no harían política. Están en ella porque es donde mayor beneficio individual sacan de sus aptitudes y capacidades individuales. Cuando se les pide que abran los aparatos verticales y cerrados de sus organizaciones partidistas para darle oportunidades a las nuevas generaciones o a sus opositores o acepten el sistema uninominal de votación, esgrimen argumento tan baladíes como el de que “se pone en peligro la estabilidad del sistema”, “los ricos se apropiarán del parlamento” o “se corre el riesgo de un retroceso en los logros sociales del país”. La lógica dice que son pamplinas: el único hecho relevante del bloqueo de los partidos en estas sociedades –democráticas o totalitarias- es que se niegan a aplicar el mismo principio de justicia redistributiva que utilizan para la sociedad dentro de sus cotos cerrados de poder. Lo que es bueno para los otros, pocas veces es bueno para ellos.

Muchos de los políticos tercermundistas utilizan el populismo revolucionario para engañar a las masas, buscando no el bienestar del pueblo, sino tener éxito allí donde ellos pueden alcanzarlo: acumulando poder. En consecuencia, han triunfado utilizando sus facultades, a la vez que produjeron sistemas estatistas que impedían a otras personas –igualmente facultadas que ellos- de alcanzar su éxito individual. Si acaso podemos hablar de las grandes injusticias de la historia, no hace falta buscarlas en el capitalismo: vivimos inmersos en ellas, en sociedades donde un puñado de hombres han conducido a sus pueblos a la miseria, al atraso y hasta la muerte, con el único fin de alcanzar el éxito personal, apoyados con una falsa ética de justicia social, cerrándole las puertas a millones de personas que bien podrían haber alcanzado el éxito individual (y, por ende, la riqueza social) y generando una ética de la envidia, la codicia y el inmovilismo social, pueblos que esperan la llegada del falso mesías de la riqueza fácil y gratuita que les dará el Estado y sus dirigentes. En el ínterin, nadie se pregunta quién la producirá: eso se verá después.

LA HORA DE LA MODERNIDAD

Emeterio Gómez

Nada más cercano a las ideas, y sobre todo a las posiciones que en vida, tan firmemente, sostuviera Carlos Rangel, que intentar ir detrás de los planteamientos políticos hasta acceder a los fundamentos ideológicos y conceptuales de dichos planteamientos. Con este artículo, dedicado al siempre fértil y doloroso recuerdo de Carlos, iniciamos una reflexión sobre el nivel de comprensión que del pensamiento filosófico tienen algunos de los principales políticos venezolanos

Carlos Canache Mata y Pedro Pablo Aguilar publicaron el año pasado un par de artículos que, a pesar del tiempo transcurrido, bien valen un comentario. “La hora de la socialdemocracia”. (El Nacional 31-08-1991) y “La hora socialcristina” (El Universal 20-09-1991) son, respectivamente los nombres de los aportes de nuestros dos respetables políticos. Frente a ellos, un entrañable amigo y compañero de toda la vida en la defensa de la libertad individual y la economía de mercado, Hugo Fonseca Viso, ensayó una respuesta (“¿La hora de quién?” El Universal 20-9-91) a partir de la cual queremos introducir la reflexión que sobre las opiniones de CCM y PPA desarrollaremos en éste y en futuros artículos.

Los límites del papel activo del hombre

Dice Hugo, en un singular párrafo de su artículo: “No es cuestión de etiquetas o nombres de corrientes ideológicas o partidos políticos. Lo importante son las acciones legislativas y ejecutivas de gobiernos que conducen a tener economías productivas y eficientes que eleven el bienestar de la población, manteniendo al mismo tiempo sus libertades”.

Ciertamente, no es cuestión de etiquetas y menos aún de nombres de corrientes ideológicas. Pero sí es, indudablemente, cuestión de corrientes ideológicas, de grandes y profundas corrientes ideológicas, tal como muchas veces le hemos oído sostener al propio Fonseca Viso, el hombre que, por primera vez desde la presidencia de Fedecámaras, asumió en Venezuela la defensa explícita de la ideología liberal y de la economía de mercado. Las acciones legislativas y ejecutivas conducentes a tener economías productivas y eficientes, podrían carecer de sentido y correr el riesgo de perderse en el vacío, tal como tantas veces ha ocurrido en América Latina, si no están enmarcadas y fundamentadas en una concepción del hombre y de la sociedad que le sirva de piso, de sustento nacional, de guía para la acción. A las etiquetas podemos renunciar, pero a las ideas, esto es, a las ideologías, no. Poner todo el énfasis en la acción podría resultar riesgoso, aunque solo fuese porque ello evoca, seguramente sin quererlo, esa otra visión, tan asociada al Programa de Ajuste, que pretende reducir los asuntos humanos y sociales a simples “problemas de gerencia”.

Esta relación entre fundamentos ideológicos, conceptuales o doctrinarios y acción práctica, que podríamos considerar secundaria a los fines de discutir con la socialdemocracia y el socialcristianismo, es, sin embargo, de crucial importancia, porque ella subyace y trasciende, sin dudas, a la confrontación del neoliberalismo con aquellas dos corrientes de pensamiento. La relación entre las ideas y la acción o, lo que es lo mismo pero dicho con la vieja jerga, entre “la teoría y la praxis”, esto es, la definición de los límites del papel activo del hombre, es sin dudas uno de los grandes problemas de nuestro tiempo; es decir, de los cuatro últimos siglos. Tal es el eje de la modernidad, esa maravillosa explosión que en los mil seiscientos catapultó al individuo hacia la immanencia y la subjetividad.

El carácter activo del hombre, la posibilidad de que él dirija o al menos incluya en algo sobre su destino y el de la sociedad, es obviamente un problema más trascendente que el como lo haga, esto es, que el saber si lo hará desde la perspectiva liberal o comunista, kantiana o roussoniana, o, a otro nivel, que el saber si lo hará desde posiciones socialdemocráticas o socialcristianas.

El rango de la socialdemocracia y el socialcristianismo

Para enmarcar adecuadamente la confrontación entre el comunismo y el neoliberalismo y la relación entre estos dos pensamientos matrices y el socialismo democrático, la socialdemocracia y el socialcristianismo, nada más propicio que la discusión acerca de la relación entre la teoría y la práctica; nada mejor que pasearse por la quiebra parcial de la razón en el siglo XIX, luego que se desvanecieran las ilusiones que ella creó en el XVIII; nada más adecuado que asomarse a la posibilidad, desarrollada en el siglo XX con Popper, Hayek y Friedman a la cabeza, de reivindicar una cierta capacidad de las ideologías para orientar nuestra acción.

Puestas las cosas en estos términos de razón-acción y tal como ya señalamos, la historia intelectual y filosófica (nos referimos, por supuesto, no a la ontología sino a la filosofía moral, política y social) de Occidente en los últimos cuatro siglos se reparte entre el liberalismo, el utilitarismo, el comunismo y el neoliberalismo. Es la confrontación básica entre dos concepciones opuestas del hombre, de los límites de éste como ente activo y de las posibilidades de orientar conscientemente ese activismo, lo que está en el fondo. Es el choque entre dos visiones globales de la sociedad, frente a las cuales los esfuerzos de Canache y Aguilar para elevarle el rango a la socialdemocracia y al socialcristianismo resultan por demás loables.

El Eje Rousseau-Marx, que pone el énfasis en el colectivo, por un lado, y el que va del liberalismo, al utilitarismo y al neoliberalismo, que lo pone en el individuo, por el otro, son las dos grandes concepciones de la relación razón-acción, los dos puntos de referencia básicos entre los que se debate el hombre moderno; es decir, el hombre que emergiendo de la escolástica medieval y del

dominio que la naturaleza y los dioses griegos todavía ejercían sobre él, se vuelve sobre si mismo y sobre su consciencia, en busca de fundamentos. Es la inmanencia a la que aludimos hace poco.

El vector que va de Rousseau a los jacobinos de la Revolución Francesa, a Marx y finalmente a Lenin, proclama una visión, más que utópica, ilusa de la naturaleza humana, en cuanto se refiere a sus posibilidades de controlar o dirigir el curso de la historia. Es el sueño de crear racionalmente un hombre y una sociedad nuevos, que el desmoronamiento del socialismo recién acaba de enterrar. El eje liberalismo-neoliberalismo, por el contrario, desde las entrañas mismas del siglo XVII, plantea las profundas limitaciones que el ser humano tiene, o, más exactamente, que la razón tiene, a la hora de querer dirigir conscientemente los destinos de la humanidad. Frente a Rousseau, Robespierre, Marx, Mao y Marcuse, delirantes de oficio, Hobbes, Descartes, Kant, Smith, Friedman y Nozick, se yerguen para traer el hombre a tierra, para poner de relieve las limitaciones de la razón y de la utopía.

La incompreensión de la modernidad

Ante estas dos monumentales visiones del hombre, superficial e ilusa la una, insondable, infinita y maravillosa la otra. ¿qué estatura filosófica tienen la socialdemocracia y el socialcristianismo?

La primera de estas dos concepciones políticas es evidentemente una derivación del marxismo, que en consecuencia –y tal como PPA señala en su artículo- con la quiebra de la casa matriz se ha quedado totalmente en el aire, carente de fundamentación. El socialcristianismo, aunque con algo más de aliento, no pareciera sin embargo poder ir demasiado lejos. La hermosa fuerza ética y religiosa del cristianismo constituye, sin dudas, un sólido punto de apoyo en ese terreno específico, es decir, en cuanto atañe al plano espiritual del hombre. Pero en el campo de la filosofía social, de la constitución del hombre como ser político -y, sobretudo económico- esto es, en cuanto se refiere a la comprensión de la modernidad, el socialcristianismo está poco más o menos ante la misma indefensión y el mismo vacío de la socialdemocracia; la escolástica medieval, vale decir Aristóteles (con el más profundo respeto tanto para éste como para aquélla) es el esfuerzo más reciente -de alta factura intelectual- de comprensión global del hombre al cual parecieran estar dispuesto a apelar los socialcristianos. Ambos movimientos políticos –y aún el socialismo- tienen, sin embargo, un envidiable futuro, si asumen como lo están haciendo los principios básicos de la economía de mercado.

La incompreensión de la economía

Pero no es en absoluto por azar que tanto la socialdemocracia como el socialcristianismo, no los socialdemócratas ni los socialcristianos, están radicalmente bloqueados para comprender la economía o, más exactamente, la

dimensión económica del hombre. Lejos de tratarse de una casualidad, estamos ante un hecho perfectamente coherente con las limitaciones de ambas corrientes de pensamiento para comprender, como fenómeno trascendental, el surgimiento de la noción del individuo, la naturaleza social más profunda del hombre moderno. La economía es, gustenos o no, la piedra angular de esa "naturaleza social" específica que la modernidad ha producido, y es, además, la clave para entender el crecimiento explosivo de la riqueza, elemento sin el cual nada acerca del hombre moderno puede ser barruntado siquiera. La ética, la lógica, la política, la estética, el derecho, la filosofía y la religión cuentan, por supuesto, pero estas dimensiones del espíritu humano por profundo que dicho proceso haya sido, simplemente fueron sometidas a partir del siglo XVII a una intensa redefinición todas ellas existieron sin embargo en Grecia, Roma y el Medioevo. La economía no la dimensión económica es la nota distinta del espíritu humano en estos cuatro siglos que se inician con ese par de monstruos que fueron Hobbes y Descartes.

La socialdemocracia y el socialcristianismo no tienen una comprensión clara de la modernidad, este hermoso estadio del espíritu que nos ha tocado vivir y que ahora, con la quiebra del comunismo, y bien lejos de lo que piensan los que se creen "post-modernos", está disfrutando de su hora estelar. Pero no la tienen no por casualidad, sino precisamente porque no han logrado captar la dimensión económica del hombre. La socialdemocracia, porque heredó la incompreensión absoluta que, paradójicamente, Marx tenía en la economía. Y el socialcristianismo porque no se plantea siquiera -tal como resultó evidente en un reciente seminario sobre Economía Social de Mercado, realizado en Caracas- la tremenda dificultad teórica que conlleva el engranaje de la doctrina social de la iglesia con los rudos y lúgubres esquemas del mercado y de la ciencia económica, porque no se han percatado aún del formidable salto que Roepke y Erhard tuvieron que dar en la Alemania de la postguerra para lograr ese engranaje; porque erróneamente siguen creyendo que la economía social de mercado es primero social y sólo después, adjetivamente, de mercado, o que son éstos dos componentes equiparables, es decir, de idéntica naturaleza, que se pueden mezclar a placer o al menos a partes iguales.

RUGIDOS DE RATÓN

(CARLOS RANGEL Y LA SOCIALDEMOCRACIA MODERNA)

Carlos Raúl Hernández

El ocaso de los años ochenta sirvió de escenario de grandes cataclismos ideológicos. Se produjeron cambios tan profundos como profunda fue la inercia de la década anterior, que no vio moverse ni las hojas de los árboles. En los sesenta, por el contrario, varias explosiones repercutieron en el pensamiento político; el conflicto sirio-soviético; la revolución cubana; luego la invasión a Checoslovaquia y la guerra de Vietnam. Estos acontecimientos soltaron los demonios de las botellas y, contrariando a Marx, dividieron a los marxistas de todos los países.

La reflexión de comienzos de los noventa, en el plano político, no puede escapar de dos improntas que apuntan a demostrar una hipótesis, como comentaremos en esta exposición. Las dos improntas son el derrumbe del mundo socialista y el deterioro sistemático de América Latina; y la hipótesis, que las dos anteriores constituyen la muerte moral de la idea de que el bienestar de los pueblos y la justicia social se lograrían a través de la acción del Estado y de la desconfianza hacia la sociedad civil (recuérdese que para varios de los clásicos, sociedad civil era equivalente a sociedad de productores privados). Luego de lo ocurrido en Latinoamérica en materia de corrupción administrativa y deuda externa, es difícil seguir sosteniendo con mediana seriedad la tesis de la perversidad inherente a los productores y la bondad del Estado y, ergo, del funcionario.

Gorbachov se presenta como el arcángel que, espada en mano, arremete contra el comunismo. Gracias a sus sensacionales operaciones políticas, ahora recorre el mundo una verdad que desde antes muchos sabían: que después de setenta años de revolución socialista, la Unión Soviética no es más que un país subdesarrollado, con una monstruosa prótesis militar, y que sus satélites en América Latina, Asia o África, no sirvieron más que para regresar a un primitivo Siglo XIX. Un viajero que se desplace de Tokio a La Habana, pasará del mundo de los superconductores y de la riqueza "obscena", como si abordara la máquina del tiempo de H. G. Wells, al de la locomoción por mula, reino de una especie de Macbeth caribeño.

La perestroika describe corrupción, ineficiencia, improductividad, escasez, retraso tecnológico, miseria, problemas de distribución mercantil, burocratismo, injusticias, privilegios, tráfico de influencias, etc., que describen un nivel de vida sólo comparable con los países más atrasados; sería un despropósito cualquier careo con los países industriales de Europa, Asia y Norteamérica.

El prejuicio de que las enfermedades sociales eran producto de la economía de productores privados y que, por lo tanto, la medicina estaba en la

expropiación de los medios de producción para colocarlos en manos del “Estado proletario” demostró ser una equivocación histórica de corta duración, para glosar a Braudel. Los países del bloque socialista son miserables o pobres, mientras la gran mayoría de los de economías libres son o avanzan rápidamente hacia la riqueza.

La caída del capitalismo de Estado y de su ideología, es tal vez el acontecimiento político más importante de la segunda mitad del Siglo XX. El resentimiento creado por los años de opresión y pobreza una vez abierta la rendija de la perestroika, condujo a expresiones incluso criminales, como ocurrió con Ceausescu, suerte de Fidel Castro rumano; y en los otros casos, a derrotas electorales aplastantes para los representantes del viejo orden, casos de Alemania, Checoslovaquia, Polonia o Hungría.

Una nota de color. En el último trimestre de 1990, la discusión en la Unión soviética entre Shatalin y Rickov, no era siquiera entre Estado y mercado, sino entre mercado a velocidades supersónicas y mercados a velocidades subsónicas; si se privatizaba en quinientos días o en mil. En Alemania, la promesa es privatizar ocho mil empresas del Estado en 1992. La privatización viene a toda marcha en Checoslovaquia, Polonia, Bulgaria, Hungría. A poca distancia del MacDonal’d’s de Moscú, se instaló nada menos que el Fondo Monetario Internacional a asesorar el proceso de ajuste económico; el diablo en casa de Dios.

El discurso político desde 1848 estaba construido con la argamasa de que todo burgués era apodícticamente un enemigo del pueblo y, por lo tanto, lo ético era castigarlo e incluso, una que otra vez fusilarlo si se daba el caso. Así hizo Stalin con decenas de miles de kulacs. Millones de personas murieron por la plusvalía, pero la plusvalía resultó ser una pampina frita. Se pensaba –y lo piensan aún algunos fósiles- que la riqueza estaba creada y que la justicia social consistía en distribuirla, arrebatando las fábricas a quienes vivían de la explotación, para entregarlas a los trabajadores. Gorbachov demostró que eso conduce irremisiblemente a la liquidación de la productividad, a matar la gallina de los huevos de oro. No existen riqueza ni progreso con una sociedad civil castrada o, para evitar la crítica feminista, infibulada.

Europa: Decadencia y Renacimiento tardío

En Europa Occidental el fenómeno tuvo expresiones muy evidentes. Desde los años sesenta venía hablándose de la decadencia europea para describir la pérdida de preeminencia del continente frente a Estados Unidos y el deterioro creciente de sus niveles socioeconómicos. Alguien llegó a hablar de la “portugalización” de Europa.

Las callecitas medievales de Lisboa, a la salida del “fado”, recordaban a Don Juan Tenorio. Pero todo el lirismo se perdía por obra de los basureros malolientes, llenos de ratas y el hacinamiento detrás de los barrotes de las

aparentemente primorosas ventanas. Ese era el camino de Europa hasta que se atravesó la revolución en el pensamiento y la acción económica emprendida por Margaret Thatcher, Felipe González, Francois Mitterrand y Bettino Craxi.

La “Dama de Hierro” enfrentó las desviaciones corporativistas que habían liquidado la economía inglesa, particularmente una desmesurada influencia sindical que convertiría paros y huelgas en sinónimo de la otrora Gran Bretaña y en casi uno de sus atractivos turísticos. Eso y la proliferación de empresas del Estado, era la herencia de los laboristas. Thatcher derrotó esas perversiones, mejoró la productividad e hizo avances notables hacia la justicia social, convirtiendo en propietarios a los inquilinos de edificaciones “del Estado” y mejorando la seguridad social.

El ejemplo fue seguido por Felipe González, otro reelecto consuetudinario, quien reformó estructuralmente la economía española. Y Mitterrand realiza una acción aún más ilustrativa. Arranca su primer gobierno con un estatismo radical que le lleva a nacionalizar bancos, e incluso, a un símbolo francés, la Renault. Pero el desastre económico lo hace retroceder rápidamente para iniciar el camino inverso de las privatizaciones y del estímulo de la economía en manos de la sociedad civil, con lo que asegura su reelección.

Tan folclóricos como las huelgas inglesas, eran los cambios de gobierno italianos. Hoy Italia, en un proceso de despegue económico logrado por las políticas de ajuste y la institucionalización de la economía informal, ha logrado una estabilidad institucional razonable en el contexto de una Europa unida con criterios de productividad, competitividad y rentabilidad económica.

La verdadera tragedia ha sido la de América Latina, principalmente por sus dificultades para la rectificación. Aquí las versiones locales del estatismo han sido auténticos verdugos -y no en sentido figurado- de la población del continente.

En 1960, América era la promesa del futuro, del -take off-. Se habían iniciado procesos de industrialización sustitutiva de importaciones en los países que faltaban y todo era optimismo y crecimiento económico. El tercermundismo estatista había hecho de las suyas. Había surgido una ideología producto de la mezcla de la revolución mexicana, la herencia política de Getulio Vargas, los efectos de Juan Domingo Perón y la acción de los barbudos en la Sierra Maestra.

Estaba consolidado el populismo como óptima institucional latinoamericana para enfocar los problemas del desarrollo y, en general, de las relaciones internacionales. Se trataba de enfrentar, las naciones avanzadas, confrontarlas, hostilizarlas y “romper la relación de dependencia”, como analizara profundamente Carlos Rangel. Desde la Cepal hasta los Tupamaros, pasando por los partidos reformistas de centro izquierda compartían el eje conceptual de esa concepción.

América Latina: Nacimiento y decadencia precoz

En síntesis, según la ideología dominante, el futuro iría por el siguiente camino: proliferación del Estado, particularmente fomentando sus empresas: controles y obstáculos a los capitales nacionales e internacionales; confrontación con las naciones desarrolladas; lucha contra la “dependencia tecnológica” y por la “tecnología propia”, industrialización por sustitución de importaciones; desprecio por el comercio y los servicios y culto a la industria.

El resultado, treinta años después, se resume en niveles de pobreza que en algunos países llegan al 85%; deudas externas agobiantes, retraso tecnológico-científico; estancamiento económico crónico; cumplimiento de la tal vez única predicción razonable de los “dependentólogos”, pero en un sentido totalmente contrario con sus premisas: el desarrollo del subdesarrollo, su profundización; el ensanchamiento de la brecha civilizacional.

Y no vale la excusa de que es culpa del imperialismo y que las cosas hubieran marchado mejor rompiendo la dependencia, porque precisamente Cuba, que rompió con él –paradójicamente quejándose del bloqueo- y los sandinistas, que también lo hicieron, lograron destruir sus respectivos países a nombre de la dignidad y del hombre nuevo, entronizar una inflación del 40 mil por ciento y perder las elecciones con una modesta ama de casa al frente de una manada de desadaptados sociales. Alan García, con monumentales rugidos de ratón, lanzando baldes de demagogia populista desde los balcones de la Casa de Gobierno, declaró la guerra al Fondo Monetario Internacional y logró lo que sabemos: la madre de todas las aniquilaciones económicas. Resultó una especie de Saddam Hussein de la economía latinoamericana.

Son abrumadores los estropicios. La “raza cósmica” de Vasconcelos yace aplastada por sus errores en política económica. Mientras tanto, un grupo de países despreciados por Occidente, que en las películas de Hollywood aparecían como una cuna de rufianes, traficantes de drogas, sicarios, etc., iniciaban la ruta del sentido común en la economía. Y treinta años después, Taiwán, Singapur, Hong Kong, Japón, Corea del sur y, más tarde Malasia, constituyen la avanzada del futuro tecnológico, económico y científico.

El tercermundismo populista defiende su fracaso comparativo con argumentos simplemente pintorescos. Hemos oído cosas como que “en esos países la gente trabaja como esclava”, para descalificar la mística del esfuerzo y del ascenso que se aprecia en los orientales. Claro, si se tratara de la “zafra de las diez mil toneladas”, cualquier sacrificio estaría más que justificado. Otro argumento es el de la dictadura y se traduce en algo como que “así cualquiera...” “oprimiendo a sus pueblos” naturalmente, en el entendido de que la experiencia comunista ha sido un canto a la libertad humana y la de América Latina en general también anda por allí. Aunque es difícil demostrar que hay una dictadura en el Japón o en Corea del Sur, en todo caso sabemos que la democracia representativa es una forma de dictadura burguesa, según el Manifiesto comunista.

En Venezuela, el estatismo tercermundista hizo una de las más brillantes exhibiciones de lo que es capaz: el milagro de que, manejando una renta petrolera de cerca de trescientos mil millones de dólares –unos treinta planes Marshall- albergue hoy una población cuyo sesenta y cinco por ciento está en condiciones de pobreza.

Afortunadamente, ya se ha iniciado el retorno. Y éste consiste en el regreso del estatismo, tal como en Europa y Asia. Once naciones más han emprendido procesos de ajuste económico que se proponen la redefinición del papel del Estado en la economía con las subsecuentes privatizaciones, políticas antiinflacionarias, liberaciones de precios, aperturas al capital extranjero y liberación de barreras arancelarias. Colombia, Chile, Uruguay, Venezuela, Guatemala, Costa Rica, Nicaragua, México y Perú, o ya hicieron el ajuste o están en eso. Brasil y Argentina son víctimas de la inconsecuencia en su aplicación.

Un rasgo característico de la mayoría de estos programas, es que son adelantados por tecnócratas que no tienen, en su mayoría, relaciones raigales con los partidos populistas tradicionales. Otros, que si las tienen, son calificados de traidores a sus ideologías originarias. Menem se alió en el más amplio sentido con los Alzogaray y se alejó de la coctelera ideológica peronista; Collor de Mello ni siquiera era político; Salinas de Gortaria y Carlos Andrés Pérez, adelantan políticas consideradas “no ortodoxas” en sus respectivos partidos; Fujimori avanza sobre los escombros del aprismo.

Estas nuevas realidades, -llamadas así por Peter Drucker- han defenestrado las concepciones utópicas marxistas y los estatismos radicales y han producido una revolución en el pensamiento político. Asistimos a algo parecido al mercado “Fin de la historia” de Fukuyama, si deslastramos su planteamiento de lo que tiene de sustancialismo hegeliano o de simple provocación. Es el triunfo del sistema democrático como forma de organización política y de la economía de mercado como forma de organización económica. Se podrán imputar muchas perversiones al primero, pero está claro que la peor de las democracias es preferible a la mejor de las dictaduras, retroglosando a Sartre; y terribles injusticias hay en las economías abiertas, pero son esencialmente superiores las planificadas.

Se está produciendo una revolución en el pensamiento político, especialmente en el que propugna el cambio. Se observa que los partidos socialdemócratas tradicionales avanzan hacia lo que podemos denominar por comodidad la socialdemocracia moderna, que conjuga la democracia y el mercado dejando abierto el espacio populista, que comienza a ser ocupado por los antaños movimientos de la izquierda socialista, que ahora podrían llamarse con comodidad neopopulistas.

CARLOS RANGEL Y LA MITOLOGÍA ELECTORAL

Herbert Koeneke R.

***Carlos Rangel fue un gran
desmantelador de mitos; tal vez una forma
hermosa de recordarlo en este
aniversario de su muerte sea intentando
continuar ésa, su tarea.***

¿Cuáles son los mitos que han rodeado, en Venezuela, al debate entre los que defienden la uninominalidad y los que defienden la proporcionalidad electoral?

El primero y más obvio de esos mitos es la creencia en la validez de las mal llamadas “leyes de Duverger”. Estas, formuladas por el sociólogo Maurice Duverger en una conferencia en la Universidad de Burdeos en 1945, se concretan en la doble idea de que el sistema de presentación proporcional conduce al multipartidismo en tanto que el sistema uninominal o de mayoría simple conduce al bipartidismo. A la creencia en la validez de estas “leyes” la considero mítica porque ellas han sido desvirtuadas empíricamente muchas veces, es decir, porque carecen de solidez o de valor científico. Por ejemplo, en la India, que aplica el sistema uninominal en sus elecciones, existen numerosísimos partidos políticos, mientras que en Austria coexisten un sistema electoral proporcional y un sistema de dos partidos. Incluso en Venezuela, donde se ha aplicado desde 1958 el mismo mecanismo de representación proporcional, el sistema de partidos ha pasado de una progresiva fragmentación durante el período 1958-1968 a un virtual bipartidismo a partir de 1973.

Esta desvirtuación empírica de las “leyes de Duverger”, destacada por eminentes investigadores como Giovanni Sartori y Dieter Nohlen, ha bastado para que el propio Duverger, en un trabajo relativamente reciente (1986), admitiera que lo que él consideró como relaciones causales o leyes sociológicas, no eran tales en realidad, sino apenas tendencias que podían ser y a menudo eran neutralizadas por diversos factores sociales y políticos. La admisión de este error de juicio por el propio proponente de las “leyes” no parece, sin embargo, haber afectado en lo más mínimo la creencia en ellas de muchos de nuestros políticos y técnicos electorales, por lo que puede afirmarse que los mismos permanecen aferrados a un verdadero mito político.

Un segundo mito, ampliamente arraigado en los defensores de la proporcionalidad, es la idea de que representación política y representatividad estadística son términos equivalentes. Este mito está acertado en varias falsedades. La primera de ellas es la que considera que la representación política se alcanza automáticamente con la equivalencia estadística. La verdad, empero, es que un cuerpo político puede constituir una auténtica muestra

representativa del electorado, en el sentido estadístico del término, y ser a la vez un órgano completamente alejado de los intereses de los electores. Si nos atenemos a los sondeos de opinión pública, esta situación simultánea de alienación y proporcionalidad es por cierto parecida a la que prevalece en Venezuela. El problema, obviamente, es que la representación política implica mucho más que una relación proporcional entre población y muestra: significa, en realidad, que los representantes ejecutan en los órganos políticos los intereses y la voluntad de los representados, ante la imposibilidad material de éstos de ejercer la democracia directa. Una segunda falsedad sobre la que se ha sustentado el mito es la idea de que sin la proporcionalidad estadística en los órganos políticos la democracia venezolana correría gravísimos peligros, ya que habría grupos que, al quedar marginados con la uninominalidad de dichos órganos, se verían tentados volver a la insurrección armada. Esta idea, que parte de supuestos falsos, como el de la relación entre uninominalidad y exclusión de las minorías, pretende resucitar el fantasma de la guerrilla en un momento histórico en el cual ésta ha virtualmente desaparecido en el mundo, con el fin de espantar a quienes adversan el sistema de representación proporcional.

Un tercer elemento mítico presente en el debate sobre sistemas electorales en Venezuela se puede denominar indistintamente el de la “postdicción y el ceteris paribus” o el de “con la uninominalidad todo cambiaría, pero el resultado sería igual”. Estos nombres pueden, sin duda, provocar cierto grado de perplejidad, pero reflejan exactamente lo que los creadores del mito han querido significar con él. Uno de ellos, un técnico electoral de un partido que adversa la uninominalidad, lo ha expresado concretamente de la siguiente forma: “Si las elecciones municipales de 1989 hubiesen sido uninominales, AD tendría hoy 25 concejales del Distrito Federal con apenas la tercera parte de los votos”.

Esta postdicción o “predicción hacia atrás”, como se habrá percatado el lector, es indemostrable y, por lo tanto, acientífica. Pero lo más importante es que la misma también resulta absurda porque supone que aún con los grandes cambios producidos con la sustitución del sistema proporcional por el uninominal, los resultados de los comicios habrían sido los mismos. Por ello hablo de la “postdicción y el ceteris paribus”, puesto que los autores del mito proponen absurdamente que al cambiar de un sistema a otro, todo lo demás, incluido el comportamiento electoral, se mantendría igual. Lo cierto, sin embargo, es que al reemplazar un sistema por el otro se están generando las siguientes mutaciones fundamentales, que, con toda probabilidad, llevarían a cambios en las decisiones de los electores: la realización, en el citado ejemplo, no de una sino de veinticinco elecciones; el diseño y la ejecución no de una sino de veinticinco campañas electorales; el inevitable esmero en la selección y postulación de cada uno de los candidatos, de manera que resulten aceptables para sus comunidades y para sus votantes; y la aparición de nuevos incentivos para éstos, quienes podrán sufragar por el que consideren como el mejor de los individuos postulados, en lugar de hacerlo por una plancha o lista de personas, a las que con frecuencia se desconoce.

Hay mucho más de mitología a la cual se podría hacer referencia cuando se analiza el debate entre uninominalistas y proporcionalistas en Venezuela. Por ejemplo, la pretensión de algunos de arrogarse en abstracto la primacía en bondades políticas de un sistema electoral sobre otro, cuando en realidad no hay un sistema que sea el óptimo para todo momento y todo lugar, sino más bien condiciones históricas, geográficas, políticas y sociales que hacen más o menos recomendable la adopción de un sistema electoral en lugar de otro. Y es con esta observación, que para mí resulta evidente, que deseo concluir: las condiciones vigentes en Venezuela demandan la adopción de un mecanismo electoral que permita inyectarle una buena dosis de credibilidad y de responsabilidad a su sistema político. Y esto parece mucho más factible a través de un sistema uninominal que a través de ningún otro. Este sistema, por lo demás en las circunstancias actuales del país, serviría para hacerlo más abierto, menos cogollista y más libre. Por ello pienso que Carlos Rangel, que tanto luchó por una sociedad abierta y competitiva, no habría dudado en apoyar a quienes abogan por la uninominalidad.

Referencia: Maurice Duverger (1986) "Duverger's Law; Forty years later". En *Electoral Laws and Their Political Consequences*, editado por B. Grofman y A. Lijphart. New York: Agathon Press.

CARLOS RANGEL Y EL TEMA DE LA LIBERTAD

Aníbal Romero

La médula espinal de la obra escrita de Carlos Rangel, su hilo conductor fundamental, es el tema de la libertad. En sus principales libros. *Del buen salvaje al buen revolucionario. El tercermundismo y Marx y los socialismos reales*, la cuestión de la libertad “qué significa, qué sistemas políticos la hacen posible, y qué amenazas la acechan”, es abordada a partir de diversos ángulos, que van desde el análisis filosófico hasta el estudio concreto de los diversos regímenes políticos contemporáneos, pasando por la discusión histórica y el debate actual de las ideas.

Tres rasgos fundamentales se destacan en estos libros: En primer término, la actitud comprometida del autor en relación a la libertad. Rangel, con una fuerza argumental y una convicción poco usuales en nuestro medio, no sólo dilucida el tema de la libertad, sino que lucha por ella en su obra. Se trata de una obra de intelectual “engagé”, comprometido, pero muy diferente a los modelos usuales de nuestro tiempo, hasta hace poco contaminado de marxismo (Sartre, por ejemplo). Al contrario de tantos escritores de izquierda europeos y latinoamericanos, Rangel tomó partido por la libertad y contra el totalitarismo de raigambre marxista. Lo hizo con coraje en momentos en que no ser de izquierda era prácticamente un estigma para cualquier individuo que se dedicase a pensar y escribir sobre política, economía y filosofía.

En segundo término, existe en la obra de Rangel una profunda toma de conciencia acerca del carácter imperfecto de los humanos. Su rechazo a las utopías, en particular a la utopía socialista, se desprendía de la convicción de que somos imperfectos, y de que aspirar a construir un orden de convivencia ideal es cosa de dioses, no de seres de carne y hueso. Esta toma de conciencia, que es también característica distintiva de grandes pensadores contemporáneos -gente como Oakeshott, Hayek y Popper- en lugar de conducir a la angustia o al pesimismo, tiene que ser acicate para luchar por un orden **menos imperfecto posible**, lo cual quiere decir dos cosas: Por un lado, un orden que abra las puertas a la libertad, para que -en ejercicio de esa libertad- los seres humanos exploremos nuestras potencialidades y limitaciones. Por otra parte, se trata de entender que la grandeza de lo humano estriba precisamente en preservar la dignidad y la libertad, pues son muchos los peligros que sobre esos valores se ciernen.

En tercer lugar, existe en la obra de Rangel una profunda lucidez en torno a las raíces de la propensión autoritaria que con no poca frecuencia ha capturado el espíritu de millones de hombres en nuestro días. Desafortunadamente, Carlos Rangel no vivió para observar la estrepitosa caída del imperio soviético ni para regocijarse ante el renacimiento del fervor por la libertad y la democracia alrededor del mundo. Es probable, no obstante, que aún en medio de circunstancias propicias para el júbilo, como las que

recientemente se han vivido, Rangel hubiese alertado sobre la precariedad de la libertad e insistido sobre la exigencia de renovar a diario el combate por su vigencia, en vista tanto de la evidencia histórica acerca de lo vulnerable que son los logros libertarios como por la influencia “tribal” en la psicología humana.

En el tercermundismo, Rangel dedica una sección (una nostalgia reaccionaria) a analizar “la fascinación perenne con el socialismo presente en todas las utopías, desde Platón”. Citando a Chafarevich, Rangel indica que semejante fenómeno tiene que responder a un requerimiento síquico irracional que, paradójicamente, se disfraza de racionalismo. Rangel se refiere igualmente a Popper, y a su tesis de que existe una especie de nostalgia universal por la sociedad tribal, estática, donde el individuo se sumerja en la masa, en una especie de seno materno del que desaparezcan las angustias de la vida.

Esta tesis popperiana, que en algunos sentidos se asemeja a los análisis de Eric Fromm en *El miedo a la libertad*, es de suma importancia para comprender la fragilidad de las sociedades abiertas, así como la exigencia de mantenerse siempre alertas para sostener la libertad donde esta última se haya establecido, con todas las imperfecciones que puedan mencionarse. Como explica Rangel, a quien quisiera citar **in extenso**. “En la sociedad abierta... los hombres se ven constantemente en la necesidad de tomar decisiones personales. **No nos hemos habituado a ésa, la mayor de las revoluciones.** Desde luego, nuestra capacidad crítica ha sido liberada y la libertad se ha convertido, en teoría, en el valor supremo... Pero vivimos en tensión, en inseguridad, en angustia. Es preciso a cada paso escoger, interrogarse, autodisciplinarse, adaptarse, competir, ganar y también perder. El **shock** del paso de la sociedad tribal a la sociedad abierta, biológicamente muy reciente, no ha sido superado”.

En nuestro tiempo, y así ha ocurrido a lo largo de la historia, han abundado y aún abundan las expresiones de nostalgia, de una nostalgia que bien puede calificarse de reaccionaria, por la sociedad tribal, por un mundo de aparente tranquilidad, basado en la supresión de la libertad y con ella, en el cercenamiento de la necesidad de decidir por uno mismo, de competir, y de admitir que la inseguridad es parte de la vida. Esa nostalgia hace que el utopismo sea “generalmente considerado moralmente virtuoso y estéticamente agradable, a pesar de los monstruos políticos que ha generado en la práctica, entre los cuales se cuentan todos los experimentos totalitarios. En cambio, el libertarismo sufre de cierta consideración, por intuirse fundado en la comprensión de que los hombres son imperfectos dispuesto a acomodarse a esa realidad, en lugar de proponer construir un hombre nuevo o un superhombre”.

Rangel tiene razón. La sociedad abierta, democrática, basada en una economía de mercado y en la libertad individual, es y siempre será imperfecta. De allí que en ella se encuentre permanentemente presente la amenaza del utopismo, que no pocas veces se desprende de la buena intención de mejorar las cosas pero que fracasa al pretender erradicar todos los males y establecer

la perfección en la tierra. El capitalismo es “antipático”, porque genera desigualdades y angustias. El socialismo promete paz, seguridad, el retorno a lo tribal, a costa de la libertad.

Después de setenta años, los soviéticos sacudieron de sus hombros el yugo que les aplastaba. Ello es maravilloso, no obstante, no deja de llamar la atención que hayan aguantado tanto, y que por tanto tiempo hayan admitido la montaña de mitos encima de los cuales pretendía legitimarse el sistema que les oprimía. La sed de orden, que es tan o más fuerte que la sed de libertad y justicia, podría aún hacerle una mala jugada al experimento liberador en la antigua URSS. Líderes como Gorbachov, y en mayor medida Yeltsin, le han apostado a la apertura, a la democracia y el mercado, pero la dura transición, los gigantescos costos implícitos en el proceso de dismantelar el aparato totalitario, y la natural impaciencia de la gente, son adversarios temibles del intento de crear un marco estable para el desarrollo de la libertad en Rusia y los otros países otrora comunistas en Europa.

Retornando a Carlos Rangel, impresiona constatar ahora tanto su visión política, que con gran acierto percibió la farsa ideológica en que se sustentaba el orden comunista, así como su valentía al enfrentar con todo vigor la “cultura de izquierda”, en momentos en que esa “cultura” hacía estragos entre nuestros políticos, académicos e intelectuales. Todavía existen quienes niegan a Carlos Rangel este mérito y son incapaces de reconocer la calidad de su aporte intelectual, así como el coraje que tuvo al enfrentarse a los mitos que durante tres décadas predominaron en nuestro medio venezolano y latinoamericano. No obstante, la permanencia de la mezquindad y la estrechez mental no puede ocultar la victoriosa reivindicación que la marcha de los eventos ha dado a la obra y las ideas de Rangel. Fue un hombre lúcido y de coraje. Si bien tuvo razón al advertirnos sobre la vulnerabilidad de los órdenes políticos libres, también nos dio motivos para luchar por ellos y para rechazar la tendencia mitológica, tan arraigada en estas sociedades, donde las emociones usualmente oscurecen la razón de la gente y la hacen ceder con excesiva facilidad ante nostalgias reaccionarias.